

Alvarez (Almoloyan). Villa Cabecera del segundo partido y municipalidad de su nombre, Estado de Colima, con 4,985 habitantes. Se halla situada á 4 kilómetros NO. de la ciudad de Colima.

Alvarez. Rancho del Partido y municipalidad de Iturbide, Estado de Guanajuato, con 118 habitantes.

Alvarez. Rancho de la municipalidad del Doctor Arroyo, Estado de Nuevo León, con 48 habitantes.

Alvarez. Rancho del municipio de Pozos, Partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Alvarez. Placer del mineral y municipalidad de Coyuca, Distrito de Mina, Estado de Guerrero. Sus minas hoy paralizadas, son: de plata, San Martín y La Luz; y de cobre, Monte Grande.

Alvarez Don Juan. Nació en el pueblo de Atoyac (Guerrero) el 27 de Enero de 1790. Hizo sus estudios primarios en la ciudad de México, y á consecuencia de la muerte de sus padres tuvo que volver al lugar de su nacimiento. La juventud de Alvarez fué triste; pues á pesar de haber heredado una fortuna, cuantiosa para aquella época, se vió subyugado por su tutor, que lo fué un español, quien desplegó inusitada crueldad con Alvarez y acabó por robarle todos sus bienes. En Noviembre del memorable año de 1810 sentó plaza de soldado en las filas de Morelos, ascendiendo en breve á sargento, en premio de su actividad y buenos servicios. La primera función de armas en que ostentó su valor, fué la librada en el punto llamado el "Aguacatillo", y en la que los independientes hicieron retroceder á los realistas. En seguida tomó parte en las acciones de Tres palos, Arroyo del moledor, Tonaltepec y La Sabana. En la batalla del 9 de Diciembre de 1810, Alvarez, que por sus acciones anteriores había obtenido hasta el grado de capitán, portóse bizarramente, y una bala de fusil le atravesó las dos piernas, alcanzando así el empleo de comandante del regimiento de Guadalupe. Restablecido al mes de sus heridas, entró en campaña junto á Morelos, y figuró honrosamente en todos los encuentros que tuvieron lugar entonces.

Para no referir circunstanciadamente esos encuentros, volveremos á ocuparnos de Alvarez en el asalto que dió á la plaza de Tixtla en la madrugada de 15 de Mayo, á las órdenes de Galeana. Prolongóse el combate hasta el 17; Galeana, creyéndose perdido, intentaba rendirse, pero Alvarez le hizo comprender que era preferible la muerte, y que no tardaría Morelos en auxiliarnos. Así sucedió, en efecto; y después de una acción reñida que duró once horas, la victoria coronó una vez más á Morelos y á los bravos campeones de la libertad, quedando destruidas las tropas realistas. Alvarez salió otra vez herido, y de gravedad, en esa acción; y apenas se encontró en aptitud de continuar la lucha, lo hizo, con el indomable brío que le caracterizaba. Ya era entonces teniente coronel. No solo derramaba su sangre, sino que auxiliaba al ejército independiente con sus propios recursos, facilitándole el 29 de Agosto de 1812 la suma de mil pesos, rasgo que fué mandado consignar en su hoja de servicios.

En 1813 recibió orden de fortificar el cerro del *Vela-del-10*, lo que ejecutó cumplidamente, y se hizo cargo del fuerte hasta Abril de 1814, en que pasó de nuevo al *Pico de la Cuesta*, lugar en que fué batido y derrotado por Armijo el día 15 del propio mes. Por este tiempo acabó Alvarez de perder su fortuna, y comenzó para él una época horrible de padecimientos morales y físicos aumentados por la situación en que su familia se encontraba. Empero nada abatió su valor, su constancia y su patriotismo. Tuvo que reorganizar sus tropas; y una vez logrado ese objeto, continuó la campaña, ya coronel y comandante militar de Zacatlán, librando hasta Agosto de 1819 doce acciones de guerra que intimidaron al enemigo, hasta hacerle retroceder á la plaza de Acapulco.

Proclamada en Iguala la independencia, Alvarez contribuyó al nuevo asedio de Acapulco; marchó á la *Costa Chica*, batió á los realistas, teniendo con ellos cinco encuentros, y logró vencerles en el último.

El día 5 de Octubre de 1821, el general Montes de Oca comisionó á Alvarez para celebrar la capitulación de la plaza y fortaleza de Acapulco, y la concluyó honrosa y satisfactoriamente, recibiendo de los realistas la plaza el 15 del propio mes, y en la que permaneció de guarnición hasta Agosto de 1822. La independencia de la patria estaba lograda ya, y Alvarez solicitó retirarse á la vida del hogar. El Gobierno quiso continuar utilizando los servicios de este caudillo, y le denegó la licencia ratificándole en el empleo de comandante general de Acapulco y gobernador de la fortaleza.

Aquí comienza una nueva era en la historia de México y en la particular de Alvarez.

Es en verdad tarea poco conforme con nuestro carácter, referir los episodios de nuestras discordias intestinas. Algo que no podríamos expresar sentimientos cada vez que encontramos en el curso de estos estudios las páginas que contienen la historia de las revoluciones que agitaron nuestro país desde los primeros años de su emancipación política; y, lo confesamos, preferiríamos tener que lamentar la muerte de los héroes que nos dieron patria, á continuar su biografía consignando una á una esas revoluciones que han ensangrentado nuestro suelo, que han entorpecido la marcha majestuosa de México al progreso, y han sido la funesta escuela de la mayor parte de los soldados y políticos mexicanos. Pero la verdad histórica á todo se sobrepone, y ella nos obliga á continuar refiriendo los hechos prominentes de los personajes que figuran en esta galería, por más que algunos de ellos no solo no contribuyan á ensalzarlos, sino que por el contrario, sirvan para opacar las glorias antes adquiridas.

Alvarez, consecuente con sus principios republicanos, secundó el movimiento revolucionario de Guerrero y Bustamante, desconociendo la autoridad imperial de Iturbide en 1822. Dos años después, declaró en varios documentos que se afiliaba para siempre en el partido republicano puro, promesa cumplida fielmente hasta su muerte. Alvarez, sin tener rencor á los españoles por sus atrocidades en la lucha poco antes sostenida, se opuso en 1828 á la expulsión de ellos; fué el protector de muchos, amparó á cuantos le solicitaron, y defendió y garantizó los bienes de otros.

Proclamado en 1850 el plan de Jalapa, Alvarez se pronunció contra él (6 de Abril). Sostuvo la presidencia del general Guerrero; y en las formidables acciones de Venta Vieja, Acapulco, el Manglar, Dos Arroyos, Chilpancingo, y otros puntos, dió nuevos testimonios de su decisión y lealtad, sosteniendo el principio legal encarnado en esos momentos en la persona del general Guerrero. Esta conducta de verdadero republicano acrecentó la fama de Alvarez ante los hombres honrados, y le conquistó ante la posteridad un nombre enviable, que los gefes del moderno ejército debieron haberse empeñado en lograr en nuestros últimos tiempos, que muchas veces no son, en verdad, sino de humillantes acciones, indignas de los que se precian de descendientes de los héroes de 1810. En Julio de 1830 fué ascendido Alvarez á general de brigada, empleo que se resistió á aceptar, manifestando que *el que cumple su deber no necesita de otra recompensa que de la estimación de la sociedad*; pero el gobierno le obligó á aceptar. ¡Qué contraste forma este desprendimiento con la desmedida ambición de muchos, que por ostentar divisas de alta graduación olvidan sus deberes y se ponen al servicio de todas las causas, por mezquinas que sean, por más que importen el desprestigio de las instituciones, y la deshonra de la patria!

Alvarez se encontraba en Acapulco el día 4 de Ene-

ro de 1831, cuando traidora y miserablemente se apoderó Picaluga de la persona del general Guerrero, que fué asesinado un mes precisamente después de aquel suceso. Vanos fueron sus esfuerzos para salvar á su antiguo jefe y amigo.

Sin desertar de sus banderas, es cierto, pero tomando ingerencia en revoluciones en que debió no mezclarse, Alvarez se adhirió á la que acaudilló Santa-Anna para derrocar á Bustamante. Sin embargo, justifican esa acción las circunstancias de que él, como ha dicho uno de sus biógrafos: "no vió la persona que se pronunciaba, sino el principio invocado, y sobre todo, que era enemigo del despotismo y de la tiranía; se adhirió á la revolución, porque al proceder así era consecuente con sus principios, con su conducta anterior y con la justicia que le asistía, procurando el aniquilamiento de una administración, que infamemente había asesinado á su jefe y amigo el general Guerrero."

Prueba evidente de su consecuencia política es, que en 1833 combatió contra el plan de *Escalada* proclamado en Morelia, que invocaba *religión y fueros*, dando acciones tan reñidas como las de Chilapa y Chilpancingo; y más tarde, en 1835, reprimió el motín de la fortaleza de Acapulco en favor del cambio de política intentado por Arista y Durán, en la administración del general Santa-Anna. Aunque enemigo del gobierno de este general, cuando sobrevino en 1838 la guerra con Francia, Alvarez, viendo atacada la paz de la República, ofreció sus servicios, que le fueron admitidos aunque no llegó á prestarlos.

En 1841, el general Alvarez secundó el plan conocido bajo el nombre de *Regeneración*, y fué ascendido en Noviembre á general de división. En los dos siguientes de 42 y 43, cuando varios pueblos de la sierra de Chilapa y Tierra Caliente iniciaron la guerra de castas, Alvarez se puso en armas; y más que con ellas, con su inmenso prestigio logró sofocar la rebelión. En 1844, afilióse en las banderas del pueblo, contribuyendo á derrocar la administración de Santa-Anna; y en el año siguiente le nombró el gobierno para que pacificase la Mixteca oaxaqueña y la sierra de Apa, como en efecto lo consiguió.

La guerra con los americanos en 1847, presentó á Alvarez otra oportunidad para demostrar su valor y sus sentimientos patrióticos. Al frente de la división del Sur vino á la capital de la República, concurrió á varias acciones de guerra, y fué nombrado general en jefe de las divisiones de caballería, cuyo empleo desempeñó hasta que se le encargó el mando del Estado de Puebla, á cuya ciudad marchó.

Declarado por la ley de 27 de Octubre de 1849 Estado de la Federación el Sur de México, bajo el nombre de *Guerrero*, en memoria de la víctima inmolada en Chilapa, Alvarez fué nombrado gobernador de la nueva entidad federativa, entre tanto se reunía la legislatura y se verificaban las elecciones. Estas favorecieron á Alvarez, y en 1850 tomó posesión del gobierno constitucional, declarándole la legislatura *Benemérito del Estado, en grado heroico*. Los sucesos políticos de 1853 obligaron á Alvarez, que era intransigente demócrata, á tomar activamente parte en la revolución de Ayutla. Una vez que ésta triunfó, y habiendo sido Alvarez general en jefe del ejército restaurador de las garantías del hombre, fué electo presidente interino de la República. Las maquinaciones de Doblado y Comonfort le arrojaron bien pronto de ese puesto, y se retiró al Estado de Guerrero.

En los años de 1856 y 1857, defendió las instituciones democráticas dando las acciones de Tierra Blanca, Barranca de Acuitlanapa, Tixtla y Chilapa: en 1858, 59 y 60, y como jefe supremo de la división del Sur, aunque no abandonó su cuartel general, dirigió las operaciones sobre Tasco y Cutzamalapa; y desde 1862 á 1867, influyó con sus consejos y poderosa influencia á mantener viva la llama del fuego patrio en el sostén de la segunda

independencia del país, afianzamiento de su legítimo gobierno, y reconocimiento del principio de autoridad, hasta el extremo de que el presidente D. Benito Juárez recomendara á los jefes que operaban contra las fuerzas invasoras, que si la distancia les impedía dirigirse al Supremo Gobierno, consultaran con el Sr. Alvarez; prueba de confianza en la prudencia del hombre, en la lealtad del acrisolado patriota.

Mucho más pudiéramos exponer acerca de su vida, llena de episodios brillantes, comprobados por millares de testigos, y por intachables documentos; pero no debemos ser más difusos. Concluyamos esta biografía, manifestando que el Sr. Alvarez sirvió á su patria, sin intermisión, desde 17 de Noviembre de 1810 á 21 de Agosto de 1867 en que falleció, rodeado de sus hijos, esposa, nietos y amigos que lamentaban su pérdida.

El Estado de Tamaulipas lo declaró ciudadano de su demarcación: la legislatura de México le hizo benemérito, y le condecoró con una honorífica medalla, y el Congreso general, en 27 de Setiembre de 1861, le declaró *Benemérito de la patria*.

Fué vicepresidente honorario del Instituto de Africa en Francia, y socio corresponsal de varias sociedades científicas y literarias. Buen esposo, excelente padre que cuidó y se esmeró en la educación de sus hijos, y un patriota esclarecido cuya memoria se debe respetar.

La sátira y la calumnia que en nuestro país, acaso más que en ningún otro, han procurado siempre hundir en el fango las reputaciones mejor adquiridas, pretendieron con su emponzoñado aliento manchar la del ilustre caudillo del Sur, cuya biografía acabamos de trazar, siguiendo la escrita por el Sr. Perez Hernández, conocedor como pocos de la vida de este personaje.

Pero cuantos cargos se han acumulado; cuantas calumnias se han proferido; cuantas ridículas anécdotas se han contado, pueden refutarse victoriosamente con documentos auténticos; y la historia, imparcial y justiciera, honrará en sus inmortales páginas al denodado caudillo del Sur.—F. Sosa.

Alvarez (D. LUCAS). Nació este poeta en la ciudad y puerto de Veracruz el día 27 de Octubre de 1688. Vino á México, y aquí hizo sus estudios y vistió el hábito de los jesuitas en 1706. Bajo el anagrama de Valerio Villa Aszoca escribió dos poemas intitulados: *La Angelomachia* y *La Josefina*, acerca de los cuales dice Beristáin: "En el primero, que no he visto, parece que quiso describir la guerra de Luzbel en el cielo, y acaso tendría presente el "Paraiso perdido" de Milton. El segundo existe manuscrito en la biblioteca de la Universidad de México con este título: *Josefina panegiris, seu B. Josephi vite septena libris modulata*. Comienza por una elegía latina, que es la dedicatoria de la obra al patriarca San José, y concluye con un libro 8 que denomina *Pollinctio*, ó funeral en que canta la muerte del santo esposo de María con 470 hexámetros, y se conoce que no está concluido el canto."

También escribió Alvarez un tomo intitulado: *Anagramas, Epigramas y Elogios sobre la letanía de la Virgen*, en 4°.

Falleció este poeta veracruzano en las misiones de Sinaloa en el año de 1760, á los setenta y dos de su edad.—F. Sosa.

Alvarez (V. FR. BERNARDINO). Fundador de la Orden hospitalaria, que bajo la advocación de San Hipólito floreció en México desde la última mitad del siglo XVI, hasta la promulgación de la constitución del año de 20; nació en Utrera de Andalucía por los años de 1514, de padres "nobles españoles y muy cristianos en el linaje;" y después de haber cursado las primeras letras con aprovechamiento, pasó á Nueva España sentando plaza de soldado á los 20 años de su edad. Pacificada ya en parte la tierra, y consumada la conquista, no encontró tan breve como deseaba la gloria y la fortuna,

ilusiones doradas de los aventureros de su época: las campañas contra las masas organizadas habían concluido, y las tribus con el nombre de chichimecas hacían los primeros ensayos de esa guerra de desolación, que sin término ni tregua se prolonga hasta nuestros días. Alvarez hizo en esos combates sus primeras armas, residiendo algún tiempo en Zacatecas, y los demás Estados del centro de las cordilleras que llamamos la Tierradentro, lugares en donde entonces se sostenía esa lucha tan dilatada como perseverante. Poco después "dexando el ejercicio militar volvió á México, donde con la ociosidad y abundancia andaba la baraja de naype, y no se dexaban las licencias de soldado..... Estaba México opulentiísima, con esto la ociosidad armaba algunas casas de juego, que abrían puerta á todos los vicios de los mozos y olgazanés..... con los baratos se ganaban amigos, y aun se granjeaban otras amistades no honestas. Toda esta compañía de alentados, reconocía á Bernardino Alvarez por capitán, por ser el que mas galante salía de toda suerte de refriegas." Lances de modestia liviana, que no especifica el escritor de quien hemos copiado las palabras que anteceden, y resistencia á la justicia que intentó estorbarlos, ocasionaron la prisión de Alvarez con doce de sus compañeros. Graves debieron ser sin duda sus desaciertos, una vez que salieron sentenciados "á que navegasen á los descubrimientos de la China, donde pudiesen emplear gloriosamente su esfuerzo;" y decimos graves, porque aunque ligero, era al fin un castigo en aquellos primeros días en que la ciudad no olvidaba las costumbres del campamento; y sus habitadores, soldados los más, hacían en las calles de la población el palenque de combate en donde vengaban sus resentimientos personales. Antes de ejecutarse la sentencia, Alvarez, ayudado de sus compañeros por dentro, y de algunos amigos libres, quebrantó la cárcel y emprendió la fuga; no con tanta felicidad, sin embargo, que tres de los prófugos dejaron de ser aprehendidos y ahorcados algunos días después en la plaza pública. Por lo que á él personalmente toca, encontró asilo en la casa de una mujer que vivía por Necatitlán, quien lo ocultó con solícito esmero, y algún tiempo después le proporcionó armas, dinero y caballo, con lo que el prófugo emprendió su viaje á Acapulco, de donde pasó al Perú, en cuyo alborotado país continuó en el ejercicio de soldado, adquiriendo un cuantioso capital. Pasados algunos años, volvió á la Nueva España "con más de 30,000 pesos," y desde luego envió 1,000 á su madre invitándola á que viniera á establecerse en este suelo. Mujer piadosa, sencilla y sin aspiraciones, la madre de Alvarez, viuda ya, le escribió una tierna carta exhortándolo á "que viviese bien y virtuosamente, que se emplease en servicio de Dios," gastando con este ánimo el caudal adquirido. Decidióse á hacerlo Alvarez; y abrazando con la energía y entusiasmo de su carácter la nueva vida que se proponía seguir, se ofreció á servir á los enfermos en el hospital de Jesús Nazareno, dedicando todas sus horas libres al ejercicio de la oración y de la más austera penitencia. Diez años duró en este género de vida, y en ellos vió palpablemente que los establecimientos de caridad no bastaban á socorrer la miseria de aquella ciudad populosa: los dementes andaban en la calle hechos la burla y escarnio de la hez del pueblo; mal sanos los convalecientes tenían que dejar su lugar á otros más necesitados y enfermos, y la nueva dolencia que por falta de completa salud les sobrevenía, reagrababa sus padecimientos. Pensó entonces formar un hospital general para aliviar todas estas amarguras; y habiendo obtenido la donación de solares capaces, que le hicieron en 2 de Noviembre de 1566, Miguel Dueña y su esposa Isabel de Ojeda, "en la calle de la Zelada, desde las casas de D. Antonio Alonso Escribano, hasta la casa de D. Francisco de Olmos" (hoy desde el convento de San Bernardo hasta enfrente del colegio de

Portaceli), intentó desde luego llevar á cabo su propósito, pidiendo la licencia correspondiente que le concedió en 9 del mismo mes y año el Ilmo. Sr. D. Alonso de Montúfar, arzobispo entonces de México. Poco después se le proporcionó sitio más acomodado para su proyecto cerca de la Iglesia de San Hipólito, lugar más oportuno por la vecindad del agua, y por la reputación de sanidad que conserva todavía aquel barrio. Arregló entonces la venta del terreno primitivo, haciéndola á un vecino acaudalado, que vinculó en él la dote de cuatro de sus hijas que tomaron el velo en el convento de Jesús María; y con el producto de la venta y su fortuna personal, comenzó á construir de adobes los departamentos necesarios para dar cumplido efecto á sus intenciones. Inmediatamente comenzó á alojar pobres; y su desinteresado celo, su apostólica caridad, su ejemplar paciencia, y su encendido amor á los menesterosos y desvalidos, le atraieron las simpatías de la ciudad, de cuyos vecinos, los unos protegieron el naciente establecimiento con abundantes limosnas, y los otros, siguiendo el ejemplo de Alvarez, se dedicaron en su compañía á practicar las obras misericordiosas que vivifican la fe cristiana. En breve la obra pudo comenzarse, no ya de adobe y con pobreza, sino con la solidez y suntuosidad con que hoy la vemos, alcanzando licencia y protección de los virreyes, aprobación de los monarcas españoles, y la Orden hospitalaria le confirmó por los Sumos Pontífices. El V. Bernardino, electo hermano mayor de aquella reunión piadosa, seguía siempre su vida de abnegación y de caridad ardorosa. En su tiempo se fundó el hospital de Huaxtepec, dos en Veracruz, uno en Jalapa, Perote, San Roque de Puebla, Oaxaca, Acapulco, Querétaro, Guatemala, la Habana, y el del Espíritu Santo de México, estableciéndose la costumbre de conducir en recuas de mulas á los infelices que venían de España á Veracruz en busca de fortuna, y que traían los quebrantos producidos por una larga navegación.

La fe, la perseverancia y el ejemplo, son los sólidos fundamentos de las grandes y felices empresas; antes de morir el P. Bernardino Alvarez tuvo la satisfacción de socorrer, en un edificio vasto, capaz y magnífico, multitud de pobres y convalecientes de todas clases; reunió allí gran número de dementes, recogió á clérigos menesterosos que habían gastado los mejores años de su vida en trabajos apóstolicos; recogió á conquistadores ancianos, que agobiados de años y de heridas no encontraban en dónde reclinarse su cabeza; fundó allí escuelas para preparar la mejora y educación de la juventud pobre y afligida: en una palabra, su vigilante caridad no descuidó una sola de las necesidades del prójimo; y al espirar el 12 de Agosto de 1584, á los 70 años de edad, pudo descansar tranquilo, según la hermosa expresión de la Escritura, como el labrador que ha pasado con fruto la tarea del día. La historia de aquellos hombres nos causa al registrarla un sentimiento de melancólica admiración. Si el mundo adelanta de día en día, ¿por qué son más y más raras las nobles y desinteresadas abnegaciones? Los sacrificios en favor de la humanidad son más escasos; y al tiempo que la fe se amortigua, al tiempo que la creencia cristiana sufre los recios ataques de la duda, la caridad se amengua, y los más grandes y bellos sentimientos del alma decaen. Bernardino Alvarez levantó un grande edificio, fundó una comunidad benéfica y activa, y legó esos poderosos elementos de beneficencia á las generaciones posteriores. En uno de nuestros próximos artículos diremos lo que son ahora (Véase HOSPITAL DE SAN HIPÓLITO Y ORDENES HOSPITALARIAS). El Ilmo. D. Juan Díez de Arce escribió la vida de este apostólico varón, en un volumen en 4^o, impreso en México por Juan Ruiz en 1651, y reimpresso también en México en la "Imprenta nueva Antuerpiana" de D. Cristóbal y D. Felipe Zúñiga y Ontiveros, calle de la Palma, año de 1762.—E. P.

Alvarez (BR. D. DIEGO DE). Natural de la ciudad de Guadalajara, y uno de los hombres sabios que ha tenido nuestro clero: entró de muy corta edad al Seminario de dicha ciudad, y desde luego dió muestras de lo que llegaría á ser con el tiempo y el estudio. Acostumbrábase entonces dictar las lecciones de filosofía y demás ciencias; y desde que comenzó aquel curso el joven Alvarez, hasta que concluyó la teología y ambos derechos, dejó asombrados á sus maestros, pues concluida la cátedra repetía palabra por palabra los párrafos dictados: á los 16 años sostuvo un acto de toda filosofía en que defendió á Du-Pasquier, Lozada y Goudin, autores filósofos de las escuelas escotista, jesuítica, y tomista, y además otro curso de filosofía moderna que entonces comenzaba á conocerse en nuestro país: ordenado de sacerdote (según creemos) vino á establecerse á México, y enseñó en el Seminario Conciliar ambos derechos, con grande lustre de este colegio, y formando muy aventajados discípulos. Sus talentos, instrucción y virtudes movieron al Ilmo. arzobispo Haro y Peralta á nombrarlo cura de la parroquia de Santa Cruz Atlán, en la que duró poco tiempo, pasando en seguida á la de Señor San José, donde permaneció hasta su muerte. El Sr. Alvarez, en aquel rincón de la capital, adquirió una nombredía cual pocos eclesiásticos han llegado á conseguir: era el consultor general de los arzobispos, virreyes y corporaciones eclesiásticas y seculares: el célebre conde de Revilla Gigedo hacía tal aprecio de su opinión, que le bastaba ver la firma del "cura de San José," como generalmente se le llamaba, para deferir á lo que consultaba; y cuando de vuelta á España fué acusado por el Ayuntamiento de México sobre varios puntos, pidió al rey que se pidiese informe al Sr. Alvarez, seguro de que él solo sería una suficiente respuesta á las imputaciones de sus émulos. El Sr. D. Diego fué, en efecto, en toda su vida un hombre extraordinario, así por su probidad, como por sus virtudes y vastísima literatura: tenía por máxima mover conversación á cuantos lo visitaban, sobre su respectivo oficio ó profesión; y con gran memoria y delicado juicio adquirió tal copia de conocimientos en todas materias, que no había una sola que se le tocara, en que no se admirase su profundo saber, no sólo en teoría sino en la práctica. Enemigo acérrimo de la ociosidad, siempre estaba con la pluma en la mano, y escribió sinnúmero de opúsculos muy doctos sobre casi todas las ciencias, no solo eclesiásticas sino profanas, como la medicina, matemáticas, química y física, sobre arquitectura, música, agricultura, gramática, urbanidad, oratoria, etc., etc., expresándose en todos estos diversos ramos de literatura con tal propiedad en los términos, que ninguno diría que eran obras de un hombre extraño á esas profesiones. Su virtud no era inferior á su sabiduría: era el consuelo general de los pobres de su feligresía y de toda la ciudad: pasaba la mayor parte de la noche en la iglesia en oración, y cuando le cogía la hora de retirarse lejos de su parroquia, nada lo detenía, ni aun las más fuertes lluvias, para no faltar á su distribución ni á dejar de estar pronto al servicio espiritual de sus feligreses: aun mientras conversaba se le veía pasar continuamente las cuentas del rosario que traía al cuello, haciendo sin duda actos interiores de virtudes: consiguió del rey de España la rifa que existe hasta el día á favor de su parroquia, con lo que logró fabricar el actual templo, que dirigió él mismo, aunque bajo un sistema poco usado en el país, y que le buscó algunas contradicciones. Durante el tiempo de la revolución del año de 10, más bien se manifestó adicto á la causa real que á la de los caudillos de Dolores; pero no así en la de 21, á la que cooperó no poco, tranquilizando las conciencias tímidas de los que temían tomar parte en ella, y aumentando por este medio y por el gran concepto de que disfrutaba en las filas del héroe de Iguala: no obstante aquellas sus opiniones, el cura de San José fué uno de

los que más auxiliaron á los prisioneros llamados insurgentes, que eran conducidos á México y empleados en abrir la zanja cuadrada con que se rodeó la capital. Ultimamente, después de consumada la independencia, y habiendo servido con sus consejos al Sr. Iturbide y primeros jefes del nuevo gobierno, con la sabiduría y lealtad con que lo había hecho á los del antiguo, murió en una venerable ancianidad por el año de 1823 ó principios del 24, con general sentimiento de todos los hombres sabios, virtuosos y patriotas. La multitud de sus escritos ha quedado inédita, y solo ha visto la luz pública un pequeño opúsculo titulado: "Práctica de la teología mística," como una muestra de su elevado saber, y sobre todo de su constante ejercicio de las virtudes. Los manuscritos que se escaparon del abandono en que por desgracia de la literatura tenía todas sus producciones, y que hemos visto, forman una colección de veintitrés abultados volúmenes, con los siguientes títulos: "Didáctica médica."—"Sobre las virtudes del pulque."—"Discurso sobre la melancolía."—"Del conocimiento del alma por los ojos."—"De la conversación humana."—"Del idioma de los ojos."—"Oración sobre la admirable dignidad de la locución."—"Consultas místicas."—"Introducción al tratado de la pureza del ánimo."—"Extracto del discurso de la melancolía."—"Explicación de la oración *Transfige*."—"Discurso sobre las palabras *Semen est verbum Dei*."—"Respuesta á una circular del Ilmo. Bergosa."—"Disertación por vía de comentario al concilio sinodal de Caracas de 1687."—"Arte de prudencia sublime."—"De la humanidad."—"Disertación sobre la vida clerical, con una oración sobre la gloria."—"Práctica de la teología mística."—"Economía de las operaciones del ánimo."—"Virtudes de un juez, sacadas de los libros sapienciales."—"Método para aprovechar en la virtud."—"Afectos del ánimo ó observaciones sobre el interior de una persona."—"Mortificación."—"Manejo con el nuevo confesor."—"Legislación para la vida clerical."—"Disertación sobre el arreglo de las delicias del gusto, explicando médicamente las calidades de los alimentos."—"Historia de las juntas diocesanas de curas, celebradas semanariamente en el palacio arzobispal, gobernando la mitra el Ilmo. Lizana."—"Disertación ó invectiva contra la ira."—"Sobre la embriaguez."—"Análisis del amor impuro."—"Disertación sobre la cortesía."—"Uso de la mecánica en la teología mística."—"Carta á la juventud carmelitana sobre puntos de metafísica."—"Sobre dispensa para casarse con cuñada."—"Resolución sobre un matrimonio doble inculpable."—"Si son lícitos los regalos en las pretensiones eclesiásticas."—"Carta á Lelio sobre la amistad."—"Máximas para un alcalde mayor."—"Directorio para el vicario de la parroquia de San José."—"Imagen de un buen juez."—"Reglamento cristiano político para el mismo."—"Apuntes de prudencia, extractados de la obra grande de este asunto."—"Duda sobre el peligro de la gloria."—"Liber singularis de animorum economia."—"Dirección espiritual."—"Economía de la justificación según la doctrina del Doctor Angélico."—"Apéndice de la santificación de las almas."—"Diversas resoluciones ascéticas."—"Carta al prior de San Joaquín, remitiendo la carta á los carmelitas."—"Disertación sobre la voz humana."—"Además de estos escritos, según nos ha informado una persona respetable, existía en la librería del Sr. D. Andrés del Río otra abundante colección de cartas sobre puntos muy curiosos de física, mineralogía, química y botánica; un opúsculo sobre el canto llano; otro de la preferencia del violín sobre los demás instrumentos; varias observaciones y réplicas dirigidas á los doctores Jove y Montaña, á favor de la doctrina de Boerhaave y contra la de Brown, y unos fragmentos de las comentaciones que había hecho á los aforismos de Vanswieten, á la fisiología de Haller y á la obra de Wolffio sobre el movimiento animal. En fin, escribió multitud

de artículos que forman un grueso volumen sobre varios secretos de artes y ciencias.—J. M. D.

Alvarez (P. JUAN). Natural de la ciudad de la Puebla, y privilegiado del cielo desde niño, como se echaba de ver por la pureza de sus costumbres, su tierna devoción, su aplicación al estudio, obediencia á sus padres, y demás virtudes propias de su edad. Abrazó el instituto de San Ignacio, siendo todavía muy joven; y desde su noviciado manifestó todo lo que llegaría á ser en un instituto enteramente consagrado á la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Concluidos sus estudios y ordenado de sacerdote, fué destinado por los superiores á las misiones de Topia, donde hizo tanto fruto y predicó con tal zelo, que justamente fué tenido por un varón apostólico. Durante la rebelión de los tepehuanes, en que fueron martirizados varios de los misioneros jesuitas, no quiso abandonar su pueblo aunque corría evidente peligro su vida; y como uno de los padres le aconsejara que se salvase, le contestó diciéndole: que sin embargo de que ningún otro deseo tenía que morir por Cristo, no rehusaba vivir por el bien de aquella nueva cristiandad, que padecería escándalo con su fuga. Agradóse el Señor de aquella caritativa resignación, y lo conservó vivo en medio de tantos desastres para consuelo de los neófitos y la salvación de muchas almas. Como los grandes trabajos que había sufrido durante aquellas turbulencias, junto con su mucha penitencia, le hubieran ocasionado graves enfermedades, dispusieron los superiores que se volviera á la provincia, así para que la edificase con sus virtudes, como para que convaleciese de sus males. Salió en efecto, aunque ocultamente por no dar sentimiento á los indios; pero estos luego que conocieron que la partida del padre era para no volver, presentaron con tal empeño al provincial porque se los volviera, amenazando con que se despoblaría la misión, que se vió obligado á mandarlo volver. El P. Alvarez acababa de llegar al colegio del Espíritu Santo de Puebla, que era la casa á que generalmente iban destinados los misioneros ancianos y enfermos; pero al momento que recibió el orden para partir se dispuso á cumplirla, como si estuviese en la flor de los años y en su entera salud. Mas el Señor se contentó con aquel acto de heroica obediencia, y le llamó al eterno descanso á recibir el premio de sus apostólicas tareas; porque en el mismo día que había dispuesto salir para obedecer á su superior, cayó en un estado tal de debilidad, que no pudo levantarse del lecho, falleciendo cuatro días después, á 5 de Diciembre de 1623.—J. M. D.

Alvarez (P. MANUEL). Natural de la ciudad de Cádiz, el que habiendo venido siendo todavía muy niño con su padre á la Nueva-España, y habiendo pasado con mucho los primeros estudios, llamado de Dios fué admitido en la Compañía, en la cual desde el tiempo del noviciado fué siempre ejemplo á todos de religiosa observancia, en la que jamás se entibió todo el tiempo de sus estudios, en el que fué maestro de gramática, y leyó con plena satisfacción de todos el curso de filosofía á los estudiantes jesuitas y seculares en el colegio de San Ildefonso de la Puebla. Pero el teatro mayor de sus religiosos ejemplos y fervoroso celo, fué la Villa de León del obispado de Michoacán, donde tratándose de fundar un hospicio de la Compañía, fué señalado del padre provincial para primer superior de los que fueron á aquella fundación. Aquí hacía el P. Manuel el oficio de despertador, de sacristán, de enfermero, y todos los demás que conducían al alivio de sus súbditos, dando á todos continuos ejemplos en el cuidado de la oración y demás ejercicios espirituales, y de muy profunda humildad, y rigorosa mortificación y penitencia. Desde que llegó á la Villa de León se aplicó de suerte á todos los ministerios propios de su instituto, que fué universalmente tenido por un apóstol. Todos los domingos explicaba la doctrina cristiana, sus sermones eran conti-

nuos y muy fervorosos; su asistencia al confesionario casi sin interrupción toda la mañana; y saliendo de día y de noche á cuantas confesiones de enfermos se ofrecían; á los cuales, cuando la necesidad lo pedía, procuraba acudir con todo lo que habían menester para su alivio y curación, hasta dejar muchas veces de comer lo que se le daba en el refectorio, por enviarlo á algún enfermo necesitado. Las conversiones que logró de grandes pecadores con estos ministerios apostólicos fueron innumerables; y la reforma de las costumbres de toda la Villa fué tal, que habiendo ido el padre provincial á la visita de aquel hospicio á los once meses de fundado, le aseguró el vicario y juez eclesiástico de la mitra, que ya no la conocía según la veía de mudada, de suerte que ya casi no tenía que remediar, según la obligación de su oficio, pecados algunos públicos y escandalosos: y en el mismo concepto estaban todos los vecinos principales. Finalmente, en 24 de Enero de 1737, recibidos todos los sacramentos, y haciendo los más fervorosos actos de virtudes, entregó el alma al Criador, moviendo á lágrimas de compunción y dolor por su muerte á cuantos se hallaron presentes. Luego que se supo en la villa su muerte, fué universal en todas las casas el sentimiento, gritando hasta los muchachos por las calles "ya murió el santo, ya murió el apóstol de León;" y todos solicitaban alguna de sus pobres alhajas por reliquia, hasta llegarle á cortar las uñas, y los cabellos; y fué menester poner guardas al cuerpo, por temor de que la devoción se propasase á mayores demostraciones.—J. M. D.

Alvaro (Los de). Rancho del municipio de Ixtaltepec, Distrito de Juchitán, Estado de Oaxaca. Situado en terreno llano y montuoso, á 4 leguas al N. de la cabecera del Distrito y á 72 de la Capital del Estado. Los habitantes hablan el zapoteco. Clima cálido.

Alvarreño. Rancho de la municipalidad de Tanguato, Distrito de la Piedad, Estado de Michoacán.

Alzadas. Rancho del Distrito y municipalidad de Tetecala, Estado de Morelos con 12 habitantes.

Alzate (PRESBITERO D. JOSÉ ANTONIO). Nació en el pueblo de Ozumba, perteneciente á lo que entonces se llamaba provincia de Chalco. Debe haber nacido en 1738. Nada sabemos de sus ascendientes, que parece fueron unos pobres cultivadores. El Sr. Alzate tenía la gloria de estar emparentado con la ilustre poetisa mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz. Desde su niñez se dedicó al estudio de la literatura, y después á lo que entonces se llamaba filosofía, y á las ciencias eclesiásticas. Abrazó por vocación el estado eclesiástico, y tal vez adoptó también esta carrera como más adecuada á la inclinación predominante que tenía al estudio de las ciencias. Parece que, como eclesiástico, nunca obtuvo beneficios, ni ascensos lucrativos, ni el noble orgullo que lo caracterizaba le habría permitido jamás humillarse para solicitarlos; el aspirantismo y la ambición de empleos no habrían sido capaces de distraerle de su dedicación á la lectura, al estudio de las ciencias, á la contemplación de la naturaleza, y á la observación de sus más importantes producciones. Como encargado por las autoridades de varias comisiones de interés público, recorrió una grande extensión del país, y adquirió en estos viajes aquellos conocimientos prácticos de que carecen siempre los sabios de gabinete, que no salen jamás del estrecho círculo de las teorías y los sistemas.

El Sr. Alzate, privándose sin duda de muchos goces y satisfacciones inocentes, empleó sus escasos recursos en formar, para su uso y para utilidad de los hombres estudiosos, una biblioteca, enriquecida con las obras más clásicas; un museo ó gabinete de historia natural y antigüedades del país, y una colección de máquinas é instrumentos necesarios para el estudio práctico y experimental de la astronomía y de las ciencias físicas.

La instrucción del Sr. Alzate en "las bellas letras," se manifiesta en la oportunidad y acierto con que cita fre-

cuientemente á los clásicos latinos, en esa polémica que por tantos años tuvo que sostener con los escritores mexicanos y extranjeros, sus contemporáneos. Censuraba sin cesar los métodos viciosos de enseñanza, los escritos frívolos y chocarreros, el latín bárbaro de algunos profesores de su tiempo, y tantas necedades, y tantas miserias que se imprimían entonces, como ensayos de literatura, por algunos hombres sin erudición, sin gusto y sin estudio. No obstante su instrucción literaria, el estilo del Sr. Alzate, aún en materias en que parece debía exaltarse su imaginación y enardecerse su fantasía, es un estilo lánguido, desaliñado, y negligente. Se había acostumbrado á no ver en todo sino la realidad de las cosas, desnuda de los adornos con que la imaginación las embellece. Admira la frialdad y calma con que nos habla de su ascensión á la cumbre del Ixtlacihuatl, de sus observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, sin decirnos una palabra de la profunda impresión que debe causar en el espíritu de un hombre el espectáculo magnífico que presentará á su vista, desde tan grande elevación, el valle de México, tan bello y tan extenso, con sus numerosas poblaciones, sus hermosos lagos, y sus pintorescas serranías.

El Sr. Alzate hizo un gran número de "observaciones astronómicas;" y sea cual fuere el grado de exactitud de ellas, siempre es laudable el empeño y asiduidad con que se dedicó á esta especie de trabajos, de que muy pocos de sus contemporáneos eran capaces. Por cerca de 20 años se ocupó también empeñosamente en hacer observaciones meteorológicas de mucho interés, y experimentos sobre la electricidad. Algunos de estos experimentos pusieron en peligro su vida, y deterioraron gravemente su salud, por causas que él mismo explica al escribir sobre la construcción del para-rayo. Son recomendables las observaciones que hizo sobre la aurora boreal, que apareció en 1789; apoyó estas observaciones en la refutación que escribió de otras muy inexactas que publicó un anónimo.

El Sr. Alzate imprimió en la Gaceta de literatura, y en otros periodicos, la descripción de muchas máquinas é instrumentos, y el anuncio de muchos descubrimientos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria.

Dedicó también mucha parte de su vida "al estudio de los animales," y publicó observaciones curiosas y llenas de interés, sobre la trasmigración de las golondrinas, sobre la historia natural del chupa-rosa, sobre la cría de la cochinilla y gusanos de seda, y sobre muchos insectos de México, apenas conocidos entonces por los naturalistas de Europa. Son interesantes principalmente las investigaciones que hizo sobre la grana ó cochinilla; los naturalistas de nuestro tiempo poco han adelantado después de aquellas observaciones en el conocimiento de un insecto tan productivo y tan curioso. El Sr. Alzate lo estudió con una sagacidad, con una minuciosidad y exactitud de que solamente era capaz un hombre como él, tan observativo y laborioso.

Con la misma dedicación estudió las plantas, y de preferencia aquellas que son aplicables á las necesidades y goces de la vida; pero el Sr. Alzate hizo el estudio de los vegetales con la desventaja de no haber querido adoptar el método y clasificaciones de Linneo, ni ningún otro sistema botánico; preocupación que no es extraña en un hombre como él, cuando incurrieron también en ella Buffon y otros naturalistas europeos sus contemporáneos. Grande es la dificultad que se presenta ahora, para conocer las plantas de que trató el Sr. Alzate en sus escritos, por no haberlas clasificado, ni denominado técnicamente, como con poco esfuerzo habría podido hacerlo.

Son de grande interés los escritos del Sr. Alzate sobre "la agricultura del país," y es de sentir que no les haya dado más extensión; había reunido sobre este objeto observaciones y datos muy curiosos.

El Sr. Alzate recorrió y examinó las famosas ruinas de Xochicalco, y publicó su descripción con algunas láminas. Escribió también sobre otros varios puntos de arqueología, y redactó un gran número de notas y adiciones á la "Historia antigua de México," escrita por el abate Clavijero; aquellas notas y adiciones están todavía inéditas.

La publicación de sus escritos ocasionó al Sr. Alzate muchos disgustos, pérdidas y gastos, y le concitó la enemistad y odiosidades de muchos de sus contemporáneos. Era preciso que así fuese, cuando tenía que atacar á cada paso tantos errores, que ofender tantas preocupaciones, y que derrocar tantas reputaciones literarias mal adquiridas y verdaderamente usurpadas. Le era preciso lidiar principalmente con los escolásticos, con los ergotistas, con los doctores del peripato: hombres animosos, tercos, obstinados, y armados siempre con aquella fuerza de inercia con que la ignorancia resiste tenazmente; fuerza vigorosa, que solamente el tiempo y la civilización han podido debilitar muy lentamente. Un literato de tan vasta instrucción como el Sr. Alzate, un escritor que refutaba incesantemente cuanto escribían los extranjeros contra el honor y la gloria de su patria; un sabio que quería ver á su país elevado al más alto grado de ilustración, y compitiendo en civilización con las más cultas naciones de la tierra; un filósofo que había conocido la futilidad de las doctrinas que propagaban las escuelas, se afligía vivamente de ver la enseñanza entregada, por lo común, á la dirección de hombres ineptos, de talentos medianos, y de profesores tan ignorantes como sutiles y sofisticos, para embrollar el espíritu de sus discípulos sin ilustrarlo, como la araña que en la oscuridad envuelve con su tela á los insectos. Tantas cuestiones con los ergotistas, y con los metafísicos de escuela, empeñaban también al Sr. Alzate en discusiones abstractas, sin interés, y siempre fastidiosas, y le distraían frecuentemente de sus tareas científicas. No obstante, volvía siempre con ardor á la senda de que había sido extraviado, y no perdía jamás de vista el noble y grande objeto á que consagró siempre sus investigaciones y fatigas; el bien público, la ilustración del país, la aplicación de las ciencias á los progresos de la industria y de las artes, la mejora de las costumbres, el alivio de las necesidades, el socorro del infortunio, y en fin, "la beneficencia," porque esta sola palabra lo explica todo. Ved aquí el noble designio, el sublime objeto que se proponía el Sr. Alzate cuando escribía, para ilustrar á sus contemporáneos; cuando hacía á su costa experimentos útiles para descubrir las verdades de las ciencias; cuando pasaba muchos días y muchos meses y años observando los astros del cielo, y los insectos y plantas de la tierra, ó viajando para conocer su país y descubrir sus producciones, ó manteniendo correspondencia con los agricultores, con los artistas nacionales, con las academias y sociedades científicas de Europa, para plantar en México todas las mejoras, todos los adelantos con que se enriquecían otras naciones.

Se ha censurado al Sr. Alzate por el lenguaje tan cáustico de que usaba comunmente en sus escritos; pero se debe advertir por una parte, que tal era ó poco más ó menos el estilo de sus contemporáneos; que sus adversarios le atacaban sin urbanidad y sin decoro; y que siempre zaherido y criticado con mordacidad por muchos necios que le injuriaban, aun por medio del anónimo, su espíritu no podía gozar aquella calma y serenidad tan necesaria para escribir con moderación y con dulzura. Sin duda que el carácter del Sr. Alzate era impetuoso, enérgico é irascible; pero la injusticia de sus contemporáneos lo enardecía más, y mantenía su alma constantemente en un alto grado de exaltación, demasiado penosa sin duda para un hombre tan estudioso como él, y tan observador y laborioso. El Sr. Alzate, como otros muchos sábios, tuvo la desgracia de haber